

Boletín mensual para los Servidores de la Renovación en el Espíritu Santo de Cuba

LA PALABRA DE DIOS EN LA REUNION DE ORACIÓN

A. Introducción.

a) Para todo cristiano es sumamente consolador poder participar en el don maravilloso de la Palabra de Dios e ir la comprendiendo y profundizando.

Este don es de tal importancia que sin él, sin "comer su Palabra", es decir: sin leerla a la luz de la fe, meditarla en nuestro corazón y aplicarla a nuestra vida, estaremos subalimentados y sin defensa contra las enfermedades espirituales.

b) "Pero este tesoro de la Palabra lo llevamos en vasos frágiles y esta fragilidad es tal que nos es posible servirnos de la Palabra, acapararla, recibirla de una manera carnal y convertirla en un instrumento de división y aun de confusión. Pensemos en la multitud de sectas nacidas a partir de la Palabra. Pensemos en todas las falsas interpretaciones que han conducido y conducen a muchos por un camino de perdición.

Es, pues, importante saber cómo escuchar en el "Espíritu"; tener muy presente la dirección segura del Magisterio auténtico de la Iglesia (el Papa y los Obispos) a quienes el Señor confió el cuidado de salvaguardar y de interpretar auténtica y autorizadamente el tesoro de su Palabra.

B. La Palabra de Dios en el Vaticano II.

La Palabra de Dios, al igual que el Cuerpo de Cristo, es el alimento del que la Iglesia, y cada uno de sus miembros, se nutre para vivir y crecer.

La Palabra y la Eucaristía son las dos columnas que sostienen las comunidades cristianas.

La Palabra de Dios comprendida, asimilada, lleva a una recepción más consciente y fervorosa de la Eucaristía.

Sin Palabra no hay fe (Rom 10,17) y sin fe no hay comunidad cristiana.

La Palabra de Dios es viva y eficaz (Hebr 4,12); es espíritu y vida (Jn 6,63).

La Palabra de Dios purifica (Jn 15,3); sana (Jn 16,12); discierne (Jn 12,48); ilumina (Jn 14,26; 16,12-13).

C. El Espíritu, la Palabra y la Iglesia.

a) El Espíritu y la Palabra.

Dios se fue revelando progresivamente, dando con la revelación de su Palabra la esperanza del Salvador prometido. En esta revelación el Espíritu Santo asiste a las personas tomadas como instrumentos, para que el mensaje de Dios llegue a los hombres sin error y produzca los frutos que El quiere.



b) El Espíritu y la Iglesia.

La Tradición y la Escritura están estrechamente unidas y compenetradas y tienen la misma fuente. La Sagrada Escritura es la Palabra de Dios escrita por inspiración del Espíritu Santo. La Tradición recibe la Palabra de Dios encomendada a los Apóstoles, y la transmite íntegra a sus sucesores, para que ellos la conserven, la expongan y la difundan fielmente en su predicación.

La Tradición y la Escritura constituyen el depósito sagrado de la Palabra de Dios, confiado a la Iglesia.

El oficio de interpretar auténticamente la Palabra de Dios, oral o escrita, ha sido encomendado únicamente al Magisterio de la Iglesia, el cual lo ejerce en nombre de Jesucristo.

El Magisterio no está por encima de la Palabra de Dios, sino a su servicio.

Así, pues, la Tradición, la Escritura y el Magisterio de la Iglesia, están unidos y ligados, de modo que ninguno puede subsistir sin los otros; los tres, cada uno según su carácter, y bajo la acción del único Espíritu Santo, contribuyen

eficazmente a la salvación de las almas".

D. El Espíritu y la Palabra en la reunión de oración.

Millones de cristianos se reúnen semanalmente para orar: es la gracia de la Renovación Carismática. En estas reuniones hay una acción manifiesta del Espíritu Santo que nos recuerda e ilumina sobre las palabras de Jesús. EL CORAZON DE LA REUNION DE ORACION, JUNTO CON LA ALABANZA, ES LA ESCUCHA DE LA PALABRA DE DIOS.

Antes de intentar una explicación nos parece importante hacer una observación fundamental:

El fundamentalismo que se puede dar en algunas personas hace que se consulte la escritura esperando respuestas a cuestiones precisas. Por Ejemplo, ¿Qué relaciones debemos tener con la parroquia? Entonces comienzan a abrir al azar la Biblia y toman como respuesta lo que les sale. Esto es una actitud y uso de la Palabra de Dios incorrecta, ya que así se le puede hacer decir a la misma lo que se quiere. Se llega así a lecturas infantiles, portadoras de las mismas ilusiones que deseáramos se realizaran para escapar de la realidad de la vida. Es reducir la Biblia a un arsenal de recetas

Que quede claro. Creemos en la libertad absoluta del Espíritu y de sus intervenciones que siempre serán misteriosas, pero la Palabra no está allí para dar respuestas hechas para todas nuestras preguntas, sino para cuestionarnos, para despertarnos, para interpelarnos en el corazón.

a) ¿Cómo recibimos la Palabra? Indicamos cómo escoger la Palabra de Dios para la reunión de oración:

Por las necesidades concretas y actuales del grupo. Es de lo más frecuente. Considerar, sobre todo en el grupo de servidores, cuáles son las necesidades espirituales del grupo más apremiantes, más esenciales, más generales o que abarcan al grupo como tal. Esto nos da la capacidad de estar atentos a la marcha que el Espíritu va imprimiendo al grupo de oración para poderla variar de

acuerdo con esa orientación, no al gusto y al capricho. A veces convendrá seguir durante un período de tiempo, más o menos largo, lecturas continuas, si la necesidad del grupo lo reclama.

Por un pequeño grupo de discernimiento. Es semejante al modo anterior. Un pequeño grupo, tres o cuatro servidores se reúnen antes de comenzar el grupo de oración. Se ponen a orar y piden al Espíritu Santo que les muestre la Palabra que conviene al grupo.

La Palabra "litúrgica". Hay grupos que la emplean para determinar qué Palabra se proclamará en la asamblea. El procedimiento que suelen seguir es el siguiente: Leen atentamente, en espíritu de oración y de fe, los textos litúrgicos del domingo o del día. Se recogen y piden al Espíritu Santo percibir qué texto de los leídos conviene. Pero no se ha de hacer por propia iniciativa, como imponiendo algo que a mi personalmente, me agrada.

b) "*Escuchar*" la Palabra. Sólo hay una manera buena de escuchar la Palabra (Lc 8,4-18). La de aquel que tiene un corazón que sabe escuchar (IRe3,5-14). Que posee un corazón de "discípulo" que acoge la Palabra. Nosotros tenemos que fomentar una cualidad de escucha que es "docilidad" al Espíritu; que busca lo que la Palabra me dice a mí. Que la deja descender a mi corazón "Hoy si oís su voz..." (Salmo 94; Hech 10,44).

c) "*Comprender*" la Palabra: El conocimiento exegético de la Palabra, es algo sumamente apreciable; pero aquí se trata de la comprensión a que se refería el Señor al afirmar que el Padre había descubierto su sentido a los humildes y sencillos (Mt .11,9-11).

Por eso, ante ella tenemos que hacernos vulnerables, pequeños, dóciles, disponibles, prestos a dejarnos penetrar y cambiar por ella.

Es la actitud de María, la gran oyente de

la Palabra.

Comprenderla, tiene como última finalidad formar en nosotros la imagen, el parecido, cada vez más cercano, al Hijo amado del Padre celestial: Jesús.

d) *Aceptar la Palabra* es, sobre todo, dejarse cuestionar por ella, dejar que nos ponga frente a la realidad de Dios y nos haga ver cuánto hay de limitación y pobreza. (Hebr 4,12-13).

e) *Vivir la Palabra*: Es el punto "esencial": Si tomamos en serio la Palabra ella nos "transformará" en Cristo, si no, será como un "címbalo que resuena" (1 Cor 13,12). Jesús ha tenido cuidado de instruirnos sobre esto con cierta severidad (Mt. 13, 13-15).

Otra manera es la evaluación regular, por parte de los miembros del grupo de cómo han vivido o cómo han dejado de vivir la Palabra de Dios y también en otro momento diferente a la reunión de oración por parte de los responsables, de cuanto se refiere a la Palabra para mejorar la escucha y vivencia de ello.

Actuación del Animador.

Ordinariamente debe llevarse preparada la Palabra que se ha de leer, siguiendo los modos ya indicados.

Pero se ha de ser lo suficientemente flexible para cambiar el texto elegido si por la unción del Espíritu Santo, la oración estuviera pidiendo otra lectura, más acomodada a lo que entonces necesita el grupo.

En esto se ha de vigilar para no confundir el capricho de un servidor, o su preferencia, con la guía discernida del Espíritu. Mientras esto último no se dé, debe prevalecer la lectura previamente seleccionada.

Debe escogerse un pasaje relativamente corto: 4 ó 5 versículos para facilitar la retención del mensaje y su

interiorización.

Se leerá en voz suficientemente alta para que pueda ser oído por todos sin esfuerzo. Si el auditorio fuese numeroso, es conveniente usar el micrófono. La lectura debe ser preparada por la persona que la hiciere. Más que una simple lectura, deberá ser una "proclamación". La veneración y el respeto a la Palabra de Dios exige que se tenga ese esmero en su manejo y lectura que evite toda indecisión, tropiezo, repetición, etc.

Después de la lectura, debe seguir un discreto silencio para que las personas, individualmente, traten de interiorizarla. A continuación, es conveniente hacer una breve aplicación a la vida cristiana del grupo (dos o tres minutos). Si no hubiere instrucción (de la que se hablará más adelante) puede prolongarse dicha aplicación.

Esta debe ser hecha por una persona designada, ordinariamente, uno de los servidores del grupo de oración; preparada de antemano.

No es aconsejable, aunque no hubiera instrucción, hacer una exégesis sobre el texto leído si no es una persona debidamente capacitada para ello.

Después de la breve explicación mencionada, puede y es muy conveniente que continúe la alabanza apoyada en la misma palabra escuchada, como ya se explicó.

La Palabra de Dios es uno de los elementos esenciales del grupo de oración y nunca debe faltar.

A veces, bastará una sola lectura; otras, será conveniente añadir alguna más. Nunca se hará de la oración de alabanza un tiempo dominado por la lectura.

Los servidores deben cuidar el orden en este aspecto fundamental; que se evite la improvisación; que no se lean pasajes dispares.